

ANDRÉS TRAPIELLO, *Al morir don Quijote*, seguido de *El final de Sancho Panza y otras suertes*, Barcelona, Destino, 2015, 758 págs.

La querencia de Andrés Trapiello (Manzaneda de Torío, León, 1953) por la figura y la obra de Cervantes viene de lejos, pues ya en 1993 publicó *Las vidas de Miguel de Cervantes*, libro reeditado posteriormente en más de una ocasión.

De esta primera y temprana semilla como interlocutor con la prosa cervantina nacieron más tarde dos novelas, *Al morir don Quijote* (2004) y *El final de Sancho Panza y otras suertes* (2014), reeditadas ambas conjuntamente en fechas recientes. Y fresca está aún también la versión del *Quijote* (“Puesto en castellano actual íntegra y fielmente por Andrés Trapiello”, reza la coletilla del subtítulo), atrevimiento este que ha desatado no pocos ruidos académicos y polémicas mediáticas.

El inicial desconcierto que causó *Al morir don Quijote*, trocado pronto en elogios, no es de extrañar si se tiene en cuenta el empeño del novelista: recrear el mundo que rodeaba a don Quijote y continuar la narración en el punto en que Cervantes la dejó, esto es, a la muerte del hidalgo. Un empeño encomiable y en nada ajeno al espíritu de Cervantes, que no solo creó la novela moderna sino que sentó las bases de su continua renovación, sin duda una de las características más definitorias del género.

Y es a ese espíritu abierto al que se acoge Trapiello para justificar su labor: “Los que sabían que la locura y las graciosas extravagancias de don Quijote eran la causa de que Cide Hamete Benengeli, el cronista árabe a cuyos oídos llegaron, las pusiera por escrito, y de que Miguel de Cervantes las mandara traducir, los que sabían esto, es posible que pensaran que, muerto don Quijote, todo había concluido. Pero no fue así...” (28), se lee en la primera novela. Y algo similar se declara en la segunda: “...que no hay ninguna historia en el mundo que se haya acabado nunca de contar” (387).

Al morir don Quijote arranca, pues, allí donde Cervantes puso el punto y final a su novela, en el mismo escenario, la casa en la que el hidalgo, recobrada la cordura, rindió su alma a Dios, y con los mismos personajes que le rodeaban en el último tránsito: la sobrina y el ama, Sancho Panza, el cura y el barbero, Sansón Carrasco, el escribano, etc.

Ya desde un principio, presente y pasado ocupan alternativamente el centro de interés, y de los menudos sucesos que tienen lugar en torno al velatorio se pasa a la evocación de la figura y los hechos del fallecido. Muy pronto también, de entre todos los personajes, empiezan a adquirir especial relevancia los cuatro que mejor conocieron a don Quijote en vida, que son también los que más sienten su muerte: Sancho, su desconsolado escudero, Antonia, la joven sobrina, el ama Quiteria y el que lo venciera en la playa de Barcelona, el bachiller Sansón Carrasco. En torno a ellos se teje la mimbre narrativa. Sus circunstancias y sentimientos, teñidos todos más bien de desventura, componen la trama argumental.

En esa trama interesa tanto lo que se vive como lo que se recuerda. Cualquier suceso arrastra consigo la recreación de otro ya pretérito, y así se van engarzando las vivencias cotidianas de los personajes con las retrospectivas temporales de la memoria. Y si en las primeras es siempre el texto cervantino el que sirve como referente, con más razón lo es aún en las segundas, que glosan o resumen los episodios más importantes protagonizados por don Quijote en sus tres salidas. De paso va asistiendo el lector, a través sobre todo del testimonio del ama y de la sobrina, a la reconstrucción de la ‘prehistoria’ de don Quijote, antes de salir a la palestra pública del libro que lo iba a inmortalizar, con los “pequeños detalles que no recogió la historia de Cide Hamete” (172).

Vale la pena referir los pormenores que amenizan los primeros pasos del argumento. Antonia, la sobrina de don Quijote, está a sus diecinueve años perdidamente enamorada del bachiller Sansón Carrasco, pero ni ella es capaz de hacérselo entender ni él, ciego para cualquier cosa que no sean los libros y ensoñaciones literarias, parece en principio que pueda algún día corresponderle. El ama Quiteria, sola y desamparada tras la muerte de don Quijote, del que ha estado enamorada en secreto desde el mismo día en que empezó a servirle, se cansa al fin del trato que le dispensa la sobrina y desaparece misteriosamente. Sancho, sumido en la melancolía y el desaliento, que le han hecho enflaquecer hasta hacer irreconocible su figura, y ensimismado en la añoranza de su amo, se desentiende de todo, incluso de su familia, y solo el vivo interés por aprender a leer le despierta de su letargo. Mientras tanto, el escribano Alonso del Mal planea para sus adentros el modo de rendir a la sobrina, que no será otro que obligarla a escoger entre la ruina más absoluta o aceptar su oferta de casamiento.

Pasado un tiempo, Sancho, que no se resigna a la oscura vida aldeana y sigue taciturno y melancólico (“¿Me espera nueva vida o habré de languidecer aquí esperando la muerte, contando mis aventuras con don Quijote, como un soldado viejo?” [56]), aprende a leer bajo la guía del bachiller y se muestra entusiasmado ante la idea de conocer su propia historia impresa, algo que podrá hacer además en el mismo ejemplar que tuvo en sus manos don Quijote —y en el que encuentra “anotadas por su mano, mil consideraciones atinadísimas y mil majaderías, mil sentencias ponderadas y mil sandeces” (299)—. Los dos, el escudero y el bachiller, viajan luego a Madrid con el propósito de socorrer económicamente a Cervantes, y allí visitan al impresor Juan de la Cuesta, que les informa de su muerte y les obsequia con sendos ejemplares de la segunda parte del *Quijote*. En Madrid visitan también la pobre casa de Las Cervantas, como las llaman en la vecindad, donde tienen oportunidad de conocer a la esposa del escritor, Catalina de Salazar, a su hija Isabel y a su sobrina Constanza.

Pero no son estas las únicas peripecias. En la novela aparecen también otros personajes, como los duques, que recalán en el pueblo de don Quijote con un nutrido séquito movidos por el deseo de reanudar sus burlas, o el galeote Ginés de Pasamonte, que haciéndose pasar por el caballero don Santiago de Mansilla se ha casado con la mismísima Aldonza Lorenzo con la intención de vivir a costa del hidalgo, cuya fama se ha extendido a los cuatro vientos y empieza a tener seguidores venidos de todas partes. Un dato revelador del respeto y cuidado con que maneja Trapiello el legado cervantino es que también aquí se mantiene el secreto sobre la identidad y el nombre de la patria de don Quijote, ese “lugar de la Mancha” nunca desvelado cuyo honor se disputan todos los pueblos y aldeas de la comarca.

Finalmente, impelidos por las circunstancias, parten rumbo a Sevilla, escala obligada en su proyectado viaje a las Indias. Y aquí y así da comienzo la segunda novela, *El final de Sancho Panza y otras suertes*.

Sancho, el ama, la sobrina y el bachiller abandonan la aldea manchega y vuelven a los caminos, prolongando Trapiello de este modo el homenaje a la obra cervantina inaugurado diez años antes en *Al morir don Quijote*. Lo hacen, como el hidalgo en sus tres salidas, de noche y a cencerros tapados, con el corazón algo encogido y en busca de la ventura que mejore sus vidas. A Sancho, ahora criado del bachiller, y que ha leído ya los dos volúmenes del *Quijote*, le roe

además, según él mismo confiesa, “ese gusanillo de la Fama, y no me resigno a dejarla pasar [...], que algo me dice que si los siglos venideros y el presente ya tienen noticias de un Sancho porro, yo me siento obligado a darles un nuevo Sancho” (355).

En Sevilla, ciudad que los deslumbra por su bullicio y magnificencia —son los años de apogeo del comercio con las Indias—, les acecha el despechado Juan Cebadón, que ha ido a parar con un secuaz del reputado Monipodio, el mismo que amparara a Rinconete y Cortadillo. En espera de resolver los trámites del viaje, presencian un auto de fe, asisten en un corral de comedias a una representación en la que aparecen ellos y don Quijote como personajes, y Sancho y Sansón pasan una noche en la cárcel. En ella conocen a don Felipe Melgar, el padre de Antonia, que había compartido presidio con Cervantes, y que asegura que fue en esa misma prisión donde el alcaíno concibió y empezó a escribir el *Quijote*.

Luego de que Sancho, remiso a embarcar hasta el último momento, venda a Rocinante y a su rucio, al que despide con un sentido discurso lleno de sabios consejos, cruzan el océano y llegan a las Indias, donde les aguardan mil y una zozobras y aventuras, en no pocas de las cuales la fama de don Quijote les sirve de amparo. El propio Cervantes quiso hacer esta misma travesía, pero su petición se despachó con un “Busque por acá en qué se le haga merced”, como oportunamente recuerda en un pasaje el mismo escribano que con esas palabras se la denegó.

En contrapartida, ellos no desaprovechan nunca la ocasión de defender la verdad del llorado hidalgo, la de sus ideales y hasta la de su locura. Y es esa, junto con la fidelidad a sus ilusiones de alcanzar una vida mejor, la principal lección que puede extraerse de sus andanzas.

Todo lo que se cuenta en las dos novelas, además de resultar enteramente verosímil, guarda fidelidad al contenido y la herencia del *Quijote*, e incluso en el propio estilo adoptado por el novelista se advierte una clara voluntad, si no de emulación, sí de rendido homenaje y deliberado seguimiento de la estela cervantina. Hasta el punto de que en el relato se van intercalando los avatares imaginados por Trapiello con fragmentos extraídos de la inmortal novela —también, aquí y allá, algunos episodios que Cervantes vivió, real o presumiblemente—, sin que en ningún momento se perciba la

transición estilística entre los dos autores, lo cual constituye ya de por sí un grandísimo mérito.

Vida y literatura se aúnan y conciertan, criaturas de ficción conviven con personajes reales y, como ya hiciera Cervantes en el *Quijote*, cuya primera parte (1605) es un elemento novelesco de la segunda (1615), en el relato de Trapiello se espera con ansia la anunciada aparición de la citada segunda parte, y se alude asimismo con despectivo reproche al falso *Quijote* de Avellaneda.

No faltan tampoco las disquisiciones metanarrativas sobre la vinculación entre literatura y realidad, en particular las referidas a los personajes: “porque yo te digo que más reales son los personajes de un libro [...] que los escritores que los destilaron del alambique de su cabeza” (298), le dice el bachiller a Sancho, mencionando un tema sobre el que tantos ríos de tinta se han hecho correr. El bachiller asegura incluso que los mismos acontecimientos que ellos están viviendo se pondrán un día por escrito y, tras reiterar más de una vez la misma idea de que “tarde o temprano acabaría saliendo a la luz en letra impresa lo que estaban viviendo y diciendo” (438), confiesa que acaso se anime él mismo a contarlo en una futura tercera parte... Que es justamente la labor que Trapiello, como si se hubiera apropiado de esa idea, ha llevado a cabo en sus dos novelas. También Sancho en su razonar llega a conclusiones parecidas cuando habla de “la vida de quienes somos a un tiempo las dos cosas, realidad y cosa imaginada por nuestros autores, que es la perfección suma” (557).

De hecho, en las últimas páginas de *El final de Sancho Panza y otras suertes* se habla asimismo de un tercer libro sobre el inmortal hidalgo “que contaba lo sucedido al morir don Quijote” (745), de autor anónimo, pero atribuido por algunos al bachiller Sansón Carrasco. Así lo creen, por ejemplo, los duques, que, sintiéndose burlados y ultrajados en él, viajan hasta Arequipa, la ciudad en que viven sus últimos días los cuatro protagonistas, con el único objetivo de tomarse cumplida venganza. Un tercer libro, por cierto, que no le dejan leer en su casa a la pequeña María Sancha Carrasco Quijano, la hija de Sansón Carrasco y Antonia, última depositaria de la memoria de su tío abuelo.

Y todo ello en una prosa de gusto clásico, no escasa de guiños literarios y algún pastiche, que cautiva con su dicción de raigambre cervantina e incorpora al lenguaje narrativo buena parte de los más felices hallazgos de Cervantes, entre ellos la fluidez y naturalidad del relato. Admirable resulta, por otra parte, la recreación del léxico de la

época (con las inagotables ristas, que no podían faltar, de dichos y refranes bien ensartados en boca de Sancho).

En este año cervantino, un homenaje al *Quijote* que rebosa talento e imaginación y un cumplido tributo a la máxima profesada por Cervantes, y traída también a colación en más de una ocasión por Trapiello: lo que se sabe sentir se sabe decir.

DANIEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Universitat Autònoma de Barcelona